



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

3 de mayo de 1890

Núm. 131



A PRIMEROS DE MAYO





## UN RATO DE CHARLA

**H**ABLEMOS de eso de los *tricornios* y manteos.

Y lo primero que se me ocurre decir es que la palabra *tricornio* ni es castellana ni es palabra. Digamos, pues, *sombrero de tres picos*, y adelante.

Sépase, pues, que se me ponen los pelos de punta al pensar que pudiera ser posible volver al uso del sombrero y el manteo de marras, recuerdo oprobioso de nuestra misérrima decadencia intelectual.

Si fuese posible volver á los tiempos de las primitivas universidades, al traje de los escolares palentinos y salmanticenses *de la edad media*, menos mal: entre moros y judíos y boloñeses é indígenas no faltaban por aquí buenos talentos; pero pensar en exhumar el traje del menguadísimo tiempo de los Austrias y Borbones, lo repito, me da horror, porque sólo puede recordar la *tuna*, la *sopa boba*, el embrutecimiento escolástico, la roña frailuna, la ciencia inquisitorial.

Por lo tanto, si se quiere, á imitación de los ingleses, alemanes y portugueses, lucir el cuerpo bonito con un traje *sui generis*, no hay que pararse en los manteos, sino retroceder más allá, hasta la indumentaria de San Fernando, Alfonso X, Pedro el Grande, Alfonso el Magnánimo y D. Juan II, épocas esplendorosas en los fastos de la ciencia española.

Yo siento mucho tener que combatir patrióticas preocupaciones, pero ello es que, apenas nos quedamos solos (quiero decir sin moros ni judíos), el saber español fué menguando de cada día más, hasta llegar á la infausta época de los últimos Habsburgos, en que sólo contábamos con cuatro teólogos, media docena de poetas y una caterva de místicos, ascéticos y escolásticos, cuyas obras maldita la falta que hacen hoy ni para lo que sirven, mientras carecíamos de físicos, matemáticos, astrónomos, naturalistas, etc., etc.



Ya sé yo que algunos eruditos sacan listas de ilustres desconocidos



A primeros de mayo

que brillaron en todo eso; pero, á la verdad, creo que son pámplinas y que, mientras no pueda citarse un nombre que rivalice con los de Bacon,



Galileo, Newton, Lavoisier y Kant, es hablar de la mar todo cuanto pueda decirse.

Creo, pues, que, ó debe volverse al traje de Ramón Llull, Arnaldo de Vilanova, D. Juan Manuel y el marqués de Villena, ó bien dejarnos de manteos y *tricuspis* y continuar con el chaquet ó la cazadora.

Si es que no queremos dar una prueba más de que no nos hemos curado aún de la lepra frailuna y escolástica que tanto mal nos ha causado en el trascurso de los siglos.

Pero hay sobre todo una razón *potísima*, que dicen los que repiten como papagayos las frases de cierto orador ilustre, para no intentar vestirtinos de estudiantes, y es que... no hay universidades. Yo ya sé que hay unos edificios más ó menos incómodos que llevan este nombre, pero *le nom ne fait rien à la chose*. En esos edificios se alberga la enseñanza oficial, es decir, una enseñanza que no tiene nada que ver con lo que debe ser la enseñanza; una enseñanza que se diferencia tanto de la que se recibe en Inglaterra, Alemania, Bélgica, Italia, Suecia y aun Rusia, como puede diferenciarse un *empleado* de un *profesor*. Atengámonos, pues, *à lo que es* y no queramos hacernos la ilusión de que somos *estudiantes*, cuando en realidad no pasamos de ser unos meros *matriculados*.

Por ahora el gran distintivo no puede ser otro que el papel azul con que se abonan los derechos de matrícula. Un distintivo de contribuyente.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



- 
- Hasta la vista, patrona.  
 —Feliz viaje, carreteros.  
 —¿Quiere V. venirse? ¡Vamos!  
 —Bien quisiera, mas no puedo.
-



## EL REGALO DE LAS HADAS

(CUENTO)

EN una bochornosa á la par que hermosa tarde del mes de julio, tres hermosas y opulentas niñas salieron de merienda por los alrededores de la ciudad en que vivían, acompañadas de sus ayas y de la criadita Emilia, niña también de nueve años, que era la encargada de llevar la cesta de las provisiones.

No puedo deciros el nombre de la ciudad, como tampoco la fecha en que esto sucedía, porque, aparte de que esto nada supone para vosotros, yo tomo esta narración del archivo de los recuerdos de mi infancia y de las reminiscencias que aun quedan en mi memoria de los cuentos que mi pobre abuela me refería, ya para acallarme en mis rabietas, ya para dormirme por las noches, y... lo he olvidado.

Mas, siguiendo mi narración, después de la merienda las niñas empezaron á corretear, y las ayas, siguiéndolas, á charlar; y así insensiblemente fueron apartándose del sitio en que habían estado, hasta que, cuando quisieron recordar, vieron que se habían alejado demasiado de la ciudad y se hallaban en un lugar completamente desconocido.

Mas no era esto lo peor: la sed hacía rato que las iba acosando, y no veían por parte alguna, fuente, charco ni rastro de agua que pudiese apagarla.

En vano llevaban ya cerca de una hora de investigaciones por todos lados, buscando inútilmente el codiciado elemento, cuando Adela, la más pequeña de las niñas, exclamó dirigiéndose á su aya:

—Mirad, mirad allí: por entre esos árboles de la izquierda distingo una blanca casita rodeada de hermosos naranjos que están diciéndo comedme.

—En efecto,—dijo el aya mirando hacia aquel sitio;—en mi vida he visto naranjas tan grandes ni tan encantadoras como las que de esos árboles penden.

—¡Corramos, corramos, pues!—exclamaron todas, efectuándolo como lo decían.

Llegado que hubieron á la casa, llamó á su puerta el aya, saliendo á recibir las una limpia y aseada anciana que les preguntó cariñosamente qué se les ofrecía.

—Señora,—dijo aquélla;—nos hemos extraviado en el bosque y nos hallamos sumamente fatigadas y muertas de sed, pues no hemos podido hallar por ningún lado, por más que lo hemos buscado, fuente ni manantial donde apagarla; así es que, al divisar desde lejos los hermosos árboles que rodean esta casa, no hemos vacilado un momento en veniros á molestar para suplicaros nos cedieseis, pagando lo que fuese, alguna de esas hermosas frutas.

—No tengo ningún inconveniente en concederos lo que tan amablemente me pedís, siempre y cuando estas niñas reunan los requisitos que para gustarlas se necesitan.





—¿Me subo?

—Ya estoy subiendo.

—Decidlo, señora, y pedid cuanto queráis.

—Os equivocáis: estas frutas no se venden.

—Pues entonces...

—Sabed,—continuó la anciana,—que estos árboles y esta casa son un legado del *Hada Blanca*, y sólo pueden probar sus frutos aquellos que hayan ejercido por lo menos una vez en su vida un acto de verdadera caridad para con sus prójimos.

—Entonces,—dijo Elena, la mayor de las niñas, hija de un acaudalado banquero,—yo puedo comerlas, porque el otro día di quinientos francos para los pobres.

—Y yo también,—gritó á su vez la hermosa Esperanza, hija de un noble príncipe;—porque hace un mes organicé una magnífica *réverie* para socorrer á los hospitales.

—Y yo, y yo,—exclamó la pequeña Adela,—porque también di, para la rifa que se estableció para socorrer á las familias de los náufragos de la fragata *Diana*, mi más hermoso vestido de seda azul.

—¿Y tú?—dijo la anciana dirigiéndose á la criadita, que callada y silenciosa se ruborizaba ocultándose detrás de sus amas.

—Yo... señora... nunca... nunca lo he merecido.

—Pasad, entonces, señoras, y tomad las naranjas que gustéis; pero tú,—dijo dirigiéndose de nuevo á Emilia,—ninguna puedes gustar. No obstante, por compasión, y para mitigar algún tanto tu sed, toma esto.—Y le dió un arrugado y feo níspero que cogió de un árbol solitario y pequeño que había en un rincón del jardín.

En esto, ya las niñas, acosadas por la sed, habían corrido á los árboles y cogido una docena de aquellas hermosas naranjas, y, sacando sus navajitas, empezaron á mondar las deseadas frutas; pero ¡oh dolor! ¡qué espectáculo fué el que sus ojos contemplaron cuando las frutas estuvieron partidas! Estas, tan





—Ya he alcanzado la parra... —¡Válgame San Anacleto!

hermosas, tan grandes, tan olorosas y fragantes, estaban por dentro secas, podridas y llenas de gusanos, y al abrirse despidieron un hedor que hizo volver el rostro á las entristecidas niñas; mientras que, al partir el feo níspero, Emilia llenó la habitación de un delicioso perfume, y la niña á quien se lo habían dado halló en sus feos y arrugados trozos una frescura deliciosa y exquisita.

—¡Ah, señora!—exclamaron las niñas medio llorando al contemplar aquellos asquerosos despojos.—¿Por qué nos habéis engañado tan cruelmente?

—Dispensad, niñas mías: quien se ha engañado ha sido vosotras mismas. Yo ya os advertí, y dije, antes de dároslas, que para probar estas frutas era preciso haber practicado un acto de verdadera caridad.

—Y lo hemos practicado, señora.

—Es cierto: para el mundo sí; pero para Dios, para el que todo lo ve, no ha sido más que una farsa y una sangrienta burla, exactamente lo mismo que las frutas que aun tenéis en vuestras manos: hermosura, aroma y bellos colores por fuera; podredumbre, gusanos y corazón seco por dentro.

Tú, Elena, es cierto que diste quinientos francos á los pobres; pero ¿cómo los diste y por qué los diste? Los diste porque los periódicos y el mundo elegante admirasen tu generosidad y riqueza, y esto ya lo conseguiste. Para nada figuró en tu donativo el amor al desgraciado. Además, ¿qué gracia hacías con dar una cosa que nada suponía para tí, ni ningún sacrificio te costaba, puesto que cuanto pedías te lo concedían tus padres?

Tú, Esperanza, la organizadora de fiestas para el socorro de los hospitales: ¿por qué la iniciaste? ¿Fué por los pobres? No en modo alguno: fué por figurar, por divertirse, puesto que, mientras que entregaste á los hospitales los trescientos francos recaudados en dicha fiesta, tú, ó, mejor dicho, tus padres, se gastaron en músicas, flores, joyas, vestidos, *lunchs*, invitaciones y banquetes para verificar dicha fiesta, cerca de cien mil reales, que pudiste dar á los pobres con más provecho y sin necesidad de fiestas.



Y tú, por último,—dijo la anciana á la pequeña Adela,—¿por qué diste tu hermoso vestido azul para la rifa de los náufragos? Para que rabiaran tus compañeras y conocidas al ver que eras la que más ricos dones ofrecía.

Vuestros deseos, ó, mejor dicho, los premios de vuestras acciones, que eran para el mundo, él ya os las pagó.

En cambio, esta pobre niña que dice que nada ha hecho por la caridad, hoy al salir de su casa ha dado á un pobre ciego sus zapatos y un real, único caudal que poseía, tal vez fruto de los ahorros de muchos meses, y... nadie lo ha sabido ni le ha alabado, y mirad cómo trae los pies de las espinas y abrojos del camino.

¿Me diréis ahora si las frutas que os he dado son ó no apropiadas á las acciones de caridad que habéis practicado?—

Las niñas callaron avergonzadas, ocultando entre sus manos sus hermosos rostros llenos de lágrimas.

Amados niños: acordaos siempre de este pobre cuento, y cuando vayáis á ejecutar un acto de caridad pensad siempre que para que ésta sea verdadera tiene que reunir tres circunstancias esenciales, á saber: hacerlo *con silencio, con amor y con sacrificio*. Sin estas tres circunstancias la caridad degenera en *filantropía*, y ésta sólo es hija de los hombres, como la otra es la más querida y predilecta del que todo lo puede.

MANUEL DE ESCAYOLA



## VARIEDADES

Los pescadores de perlas del golfo Pérsico ascienden á 25,000, con otros tantos auxiliares de cuerda para retirar á los individuos que trabajan cuando ya no pueden resistir más tiempo debajo del agua. El valor anual de los productos que recogen suele ser, poco más ó menos, de unas quinientas mil libras esterlinas (12.500,000 pesetas). En las islas Bahrein se pesca por valor de 300,000, y 200,000 en el resto del golfo.

En la Baja California la pesca de perla ha tomado tal incremento que en la actualidad ocupa ya más de mil buzos. La perla negra se vende en la localidad misma á los agentes de las casas europeas, variando el precio según el tamaño. Se han pagado hasta 5,000 duros por una sola perla. Las azules que se hallan en los mismos parajes no tienen tanto valor.



En el monte Etna, en Sicilia, hay un añoso castaño que ocupa en su base una circunferencia de 64 metros. Unos le atribuyen 4,000 años de edad, otros



## LOS NIÑOS DE EGIPTO



Jugando al «mankala»



Dando de comer á los corderos

2,000; pero, según un nuevo examen, este gigantesco árbol no debe pasar de 860. En Italia hay otros muchos castaños notables por sus dimensiones, sobre todo en el Montemiate, en Toscana. Casi todas las provincias italianas cultivan este árbol, y en especial las de Soudrio, Luca y Génova, cosechándose anualmente cerca de 5.800,000 quintales de castañas.

La exportación asciende cada año á 70,000 quintales, que dejan un producto de unos 2 millones de pesetas. Las castañas de Coni pasan por ser las mejores de toda la península.

\*  
\* \*

¿Cuál es la isla más grande del mundo, prescindiendo de la Australia, considerada por muchos geógrafos como un continente? ¿Lo es Borneo ó Nueva Guinea? Hace poco se ha dirimido la cuestión á favor de la segunda.

Ciertos cálculos planimétricos hechos en el famoso establecimiento geográfico de Justus Perthes, de Gotha, daban á Borneo la preeminencia sobre Nueva Guinea, atribuyéndose á ésta una superficie de un poco más de 71 millones de hectáreas, y á aquélla cerca de 75 millones.

Pero otros cálculos más recientes, planimétricos también y hechos en el



mismo establecimiento, han dado muy distinto resultado. Borneo sólo tiene 73.390,000 hectáreas, al paso que la superficie de Nueva Guinea asciende á 78.536,200.

Esta supremacía inesperada de la isla de los Papúes, proviene de que la península del SO. tiene mucha mayor longitud de lo que se creía, y de que la isla en cuestión es más ancha de lo que se indica en los mapas.

\*  
\* \*

Carlos VII de Francia inauguró su reinado de una manera desastrosa. Perdidas para él las principales poblaciones de sus estados, apenas le quedaron Orleans y Bourges, á pesar de lo cual pasaba el tiempo entregado á continuas diversiones. Danzaba un día alegremente en cierto baile de su invención, cuando acertó á entrar un leal caballero llamado Vaintrailles.

—Y bien, amigo mío,—díjole el rey;—¿qué os parece la fiesta?

—Me parece,—contestó Vaintrailles,—que no es posible perder un reino de una manera más divertida.

Desde aquel punto Carlos VII se ocupó más de sus deberes y menos de sus diversiones.

\*  
\* \*

Según Sexto Julio Frantino, Roma imperial tenía diez acueductos que le proporcionaban 24,806 *quinarii*, ó sean próximamente 644,680 metros cúbicos, ó, lo que es lo mismo, 7,646 litros por segundo.

Roma moderna sólo cuenta cuatro acueductos que facilitan 186,000 metros cúbicos por día, ó sea 2,150 litros por segundo.

A pesar de esta notable diferencia, la capital de Italia es, después de la antigua Roma, una de las ciudades del mundo mejor abastecidas de agua.

\*  
\* \*

Si á muchas personas instruidas é inteligentes pasma todavía la telegrafía eléctrica, ¿qué extraño será que confunda el telégrafo á los animales? Lo cierto es que los lobos desaparecen de las comarcas cruzadas por estos misteriosos alambres. Los osos se encaraman á los palos, engañados por el zumbido de los hilos, que atribuyen á las abejas: como les gusta tanto la miel, registran los postes, y, viéndose chasqueados, procuran derribarlos para ver si así descubren el dulce tesoro de su interior.

De parecida ilusión son víctimas los picamaderas ó carpinteros, aves que hacen resonar los bosques silenciosos con los continuos picotazos que descargan en los árboles para hacer huir de debajo de la corteza y de otros huecos á los insectos de que se alimentan. Estos pobres trabajadores solitarios picotean con creciente afán los postes telegráficos para hacer salir los escarabajos imaginarios cuyo zumbido creen oír en el interior.

TRINIDAD DE LA ROSA



## NUESTROS GRABADOS



Escuela egipcia

porcionado, renovando  
nuestras protestas de  
cariño y respeto.



Niñas egipcias bordando

## LOS NIÑOS DE EGIPTO

**U**NA vez, amiguitos míos, cuando Rhodopis (la de las mejillas sonrosadas) se bañaba en las aguas de nuestro sagrado Nilo, una corpulenta águila, que espiaba los pequeños chapines abandonados en la orilla del río, co-



giólos con su pico, los llevó á palacio y los depositó á los pies del rey. El donativo fué agradable á los ojos del monarca, quien declaró que era su soberana voluntad que la dueña de los chapines encarnados y ninguna otra fuese su esposa y reina. Entonces todas las jóvenes de Egipto trataron de introducir sus pies en los diminutos chapines encarnados, pero á ninguna le vinieron bien más que á Rhodopis, la de las mejillas sonrosadas, y ella fué reina del país.—

Así relata el anciano egipcio, sentado con las piernas cruzadas y teniendo á su alrededor varias jarras llenas de las deliciosas aguas del Nilo. El pequeño *fellah* (campesino), que está cerca, escucha con tanto interés como nuestros niños cuando se les refiere al cuento de Cinderela, que tiene su origen en la antigua leyenda egipcia.

Al niño egipcio le agradan las historias, los cuentos y las leyendas.

Su país es el país de las maravillas de la naturaleza y del arte. El asombroso Nilo, á cuya crecida y bajada anual debe aquella raza su existencia, y en el cual se arrojaba en remotas edades cada año una joven para que se ahogase en sus aguas á fin de que aquéllas fuesen propicias; el desierto, con sus arenas y sus magníficos oasis; el espejismo, las magníficas cúpulas pintadas, las soberbias palmeras con su belleza fantástica, que encantan y seducen al viajero; el *simoun*, ese viento ardiente y abrasador que, levantando los más finos granos de arena, forma una inmensa columna, fatal en su desastrosa marcha para el hombre y los animales; las gigantescas pirámides y la pavorosa esfinge, las antiguas tumbas y las ruinas de los palacios, las torres y las poderosas ciudades; todo esto es con justo motivo la admiración del viajero y constituye el más grandioso conjunto.

Sí: Egipto es un país de maravillas, un país de mágicos y hechiceras, de dervises y bailarinas, de mujeres veladas y bajás con turbantes, de mezquitas y palacios, de chozas de barro y de sucios cobertizos, de grandes cultivos y de negra superstición.

Apenas nace un niño en Egipto, rodéanle ya las supersticiones, y ha de temer particularmente el mal de ojo, como sucede en Turquía, y por lo mismo no se le lava ni se le viste, á fin de que tenga el aspecto más desagradable, con la esperanza de que aquel *malicioso poder* no se fije en la criatura.

No contenta la madre con dejar al niño sin lavar, ennegrece su frente y mejillas con hollín ó arcilla, ó le cubre con un espeso velo negro, en su ansiedad por salvarle de males imaginarios; y los parientes ó amigos que van á verle tienen cuidado de decir:—¡Qué niño tan feo! ¡Es un fenómeno!—Al oír estos extraños cumplidos, los padres sonríen, manifestando su agrado, pues saben que se adopta esta forma para engañar al enemigo.

¡Pobres padres ilusos! En vez de librar al niño del *mal de ojo*, lo atraen, porque lo más triste de esta necia superstición es que la criatura, así descuidada y sucia, es víctima de una enfermedad muy común en Egipto, la oftal-



## BARCELONA: SANTA MARÍA DEL MAR

Por sus dimensiones y admirable mérito artístico ocupa este templo el inmediato lugar después de la Catedral. Su arquitectura es ojival, atrevidísima, pareciendo imposible que pueda sostenerse la bóveda con aquellas elevadas y delgadísimas columnas.

La iglesia fué comenzada en 1329 en el mismo lugar que ocupaba la de la *Virgen de las Arenas*, llamada así por estar edificada en la misma playa, que llegaba entonces hasta allí. Celebróse la primera misa en 1384. La fachada, cuyo grabado acompañamos, es tan preciosa como sencilla. La portada ostenta una ojiva degradada, con infinidad de esbeltas columnitas y arcos calados, y coronada por un soberbio rosetón, rematando en dos torrecillas ó campanarios laterales, de suma elevación é inconcebible ligereza.

El interior del templo está dividido en tres naves, cuyos 19 arcos están sostenidos por 14 columnas.



mia, y á menudo pierde la vista de un ojo si no queda completamente ciego, como sucede en muchos casos.

Hasta que el niño del moslem ó turco tiene un año no se le lava por primera vez. El copto (antiguo egipcio) cree que se atraería la *mala suerte* si se dejara caer una sola gota de agua en el niño antes de bautizarle. Llegado el día, le sumergen; pero ha de estar mucho tiempo en el agua.

Nunca podríais imaginar, hijos míos, cuál es la cuna del pequeño *fellah* (éste es el nombre que se da en general á los campesinos).

Por mucho que penséis, estoy seguro que ninguno adivinará; y, sin embargo, es muy apropiada, porque corresponde á la condición de la vivienda y á su repugnante suciedad. Esa cuna es en verano el cieno que hay fuera de la casa, y en invierno la basura que se halla dentro. La cabaña misma es de barro, el techo se compone de viguetas ó de cañas cubiertas de una capa de cieno seco, y no hay ventanas ni mueble alguno, ni siquiera camas.

Algunas veces el niño está envuelto en el sucio *burco* (velo) de la madre y abandonado en un rincón; pero con más frecuencia no tiene ropa alguna ni tampoco nada que le sirva de lecho.

La cocina se reduce á una piedra colocada fuera de la casa, con dos ó tres utensilios para preparar el alimento, que se lleva á la boca con los dedos, porque los cuchillos y tenedores son cosa desconocida. Esto se hace con la mano izquierda: la derecha sirve de servilleta.



Triste sería la vida del pequeño *fellah* si no fuera por el suave aire de Egipto y el brillante sol que le ilumina.

Las casas de los *fellahs* más ricos tienen dos ó dos tres patios, con habitaciones techadas ó no en la parte superior de aquéllos. Un patio se destina para la familia, y otro para el ganado.

Un sitio elevado en una de esas habitaciones abiertas indica el *selamlik*, ó estancia donde se reúnen hombres y muchachos. En ciertas ocasiones cubrese el sitio con una costosa alfombra que después se guarda cuidadosamente con los tesoros de la casa, la caja que contiene las joyas de familia, los utensilios de cocina, los almohadones que sirven de asientos, etc., en las habitaciones interiores, reservadas para las mujeres y las niñas.

Las alhajas de familia consisten en monedas de oro, collares, anillos, etcétera, á menudo de gran valor. Algunas veces se encuentran casas con paredes y ventanas blanqueadas; pero esto es raro. En todas hay palomar, especie de cúpula de barro con varias vasijas del mismo material para las aves. Todo pueblecillo tiene su árbol (una higuera ó un sicomoro), alrededor del cual los niños juegan por las tardes, mientras que los padres les miran, guardando siempre consigo la gran llave de madera con que cierran el arca donde están sus tesoros.

Mohamed era aficionado á los gatos, y también lo son sus adeptos. Además en remotos tiempos celebrábase en Bubastis, en el Delta oriental, en honor de la diosa Bast ó Sekhet, una gran fiesta, representando la deidad una cabeza de gato. Cuando estos animales eran particularmente apreciados, enviábanse sus momias á Bubastis para conservarlas. Algunas veces dábase el nombre de Bubastis al mismo gato; pero ahora se le llama familiarmente *Mau* ó *Mie*, lo cual demuestra que el lenguaje de los gatos egipcios no difiere mucho del de los nuestros.

En el Cairo existe todavía un establecimiento para los gatos abandonados y aun es popular creencia que los niños gemelos toman la forma de esos animales por la noche si se van á la cama hambrientos, y que mientras sus cuerpos descansan, sus espíritus gatunos vagan por todas partes en busca de alimento. En su consecuencia, nadie se atrevería á cometer la menor crueldad con un gato, que puede ser un niño disfrazado, y de consiguiente se ha de tratar á todos con cariño y respeto.

Cuando el pequeño *fellah* ha crecido lo bastante para ser el guardián y compañero del gato, se le envía á una de las escuelas primarias árabes para que aprenda á leer y recitar el *Corán*, así como un poco de escritura. Después de esto debe disponerse á trabajar para ganar el sustento, ya en los campos donde se cultiva el algodón, ó ya en los diques que se construyen para evitar que las aguas del Nilo inunden todo el país cuando hay avenida. También ayuda á sembrar cuando las aguas se han retirado, ó trabaja en el *shad-zof*, máquina usada para elevar aquéllas; ó se dedica al tráfico, ó sirve de burrero en las calles de diversas ciudades.





## LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

Contento Juan con tener una colocación, se manifestó dispuesto á todo lo que pedía el obrero mientras su madre no se opusiese á ello. Cuando volvió á la hora de comer, contó su aventura á la viuda. Esta se sonrió y le dijo que nunca sentía la menor inquietud cuando estaba ausente de la casa:—No eres ningún muchacho perezoso,—le dijo,—y así no temo que vayas por donde quieras.

En consecuencia, la misma tarde fué á colocarse Juan con su cestilla á orillas del río, en el sitio donde se bajaba para pasar el vado. Allí empezaba la alameda que conducía á los manantiales de agua mineral, á los cuales se dirigía sin cesar una considerable muchedumbre. Una vez elegido el puesto, fué al encuentro de los paseantes ofreciéndoles sus lindas piedras é invitándoles vivamente á comprarlas, pero nadie quiso.

—¡Hola!—exclamaron algunos marineros que acababan de arrastrar una barca hacia la orilla.—¿Quieres llegarte hasta aquí, chico, y llevar estos paquetes á la casa vecina?

Juan acudió inmediatamente, tomó los paquetes é hizo todo lo que le pedían, con tanta presteza y amabilidad, que el patrón lo notó, y cuando estuvo de vuelta le preguntó qué llevaba en el cesto. Después de haber visto las piedras, rogó á Juan que le siguiera, diciéndole que surtía de conchas raras á una señora de la vecindad que construía una gruta y que compraría probablemente las piedras que llevaba en el cesto.—Anda,—le dijo;—ve á verla, Podríamos probar.

La señora habitaba cerca de allí. Pronto llegaron, pues, á la casa, y la encontraron ocupada en escoger plumas de diferentes colores. Aquellas plumas estaban extendidas sobre una hoja de cartón colocada en una consola. Cuando el marinero quiso enseñar las conchas que llevaba, dió contra la hoja de cartón é hizo caer las plumas por el suelo. La señora pareció enfadarse mucho, y Juan, que había observado su descontento, se apresuró, mientras ella





—¿Quién me verá á mí,  
fregados los platos,  
bailar un schottisch?  
—¿Quién no gustará  
de mi garbo y rumbo,  
de mi mucha sal?—

¡Y entretanto el bifeck se socarraba,  
y salía un engrudo hecho el arroz,  
y estaba el caldo todo desabrido  
porque de echarle sal se le olvidó!

examinaba las conchas, á recoger las plumas y arreglarlas de nuevo, por orden de colores, como estaban en el momento que habían entrado.

—¿Dónde está el chico que ha venido con vos? Me parece haberle visto ahora mismo.

—Héme aquí, señora,—respondió Juan, agachado debajo de la mesa y teniendo entre sus manos el resto de las plumas recogidas. Me ha parecido mejor hacer esto que quedarme plantado ahí como un estafermo.

La señora se sonrió, y, satisfecha de la actividad y la sencillez de Juan, le dirigió una porción de preguntas, se enteró de dónde era, dónde vivía, qué hacía y cuánto ganaba recogiendo piedras.

—Hoy es el primer día que he buscado,—dijo Juan,—pero no he vendido ni una siquiera; y si ahora no me compráis, señora, temo que tendré que quedarme con todas ellas, pues se las he ofrecido á todos los que pasaban.

—Acércate,—dijo la señora riendo;—creo que es caso de comprártelo todo.

Y vaciando ella misma las piedras que estaban en la cesta, puso media corona en manos de Juan, que con los ojos resplandecientes de alegría le dijo:

—¡Oh! ¡Gracias señora! Estoy seguro de poderos llevar también mañana.

—Bueno, pero que mañana no te prometo media corona.

—Puede, sin embargo, que aunque no me la prometáis no dejéis de darme la por eso.

—No,—respondió la señora;—desengáñate: te aseguro que no te la daré, porque, en lugar de alentarte á trabajar, sólo te excitaría con ella á ser un holgazán.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. ANCHA DE SAN BERNARDO, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA